

El café de la esquina

Una historia de amor en doce meses

B1 · Latin American Spanish

15 capítulos · Vocabulario · Preguntas · Respuestas

Ciudad de México · Colonia Roma

Índice

- Capítulo 1 — **La primera vez**
- Capítulo 2 — **La mesa de la ventana**
- Capítulo 3 — **El pedido de siempre**
- Capítulo 4 — **El martes**
- Capítulo 5 — **El café cerrado**
- Capítulo 6 — **La estantería**
- Capítulo 7 — **El Chopo**
- Capítulo 8 — **El mapa**
- Capítulo 9 — **El día que no vino**
- Capítulo 10 — **La operación**
- Capítulo 11 — **Septiembre**
- Capítulo 12 — **Las cajas**
- Capítulo 13 — **La carta**
- Capítulo 14 — **Diciembre**
- Capítulo 15 — **Enero**

Capítulo 1

La primera vez

El café de la esquina no tiene nombre en el letrero. Solo dice "CAFÉ" con letras negras sobre fondo blanco, desteñidas por el sol y la lluvia de varios años. Diego lo sabe porque él mismo pintó ese letrero hace cuatro años, cuando llegó desde Oaxaca con dos maletas y una deuda pequeña con su tío. El tío ya murió. La deuda ya está pagada. El café sigue igual.

Son las siete y cuarenta de la mañana de un lunes de enero cuando la mujer entra por primera vez.

Diego la ve desde detrás de la barra. Lleva un abrigo gris oscuro y una mochila negra en el hombro derecho. Camina como alguien que conoce bien el lugar adonde va, aunque Diego puede decir con certeza que nunca la ha visto antes. En cuatro años, Diego ha aprendido a reconocer los pasos de la gente que conoce este café: los que dudan en la puerta, los que entran sin mirar, los que buscan una mesa específica. Esta mujer entra con paso firme pero sus ojos recorren el local como si estuvieran tomando una decisión.

Se sienta en la mesa de la ventana. La mesa de la ventana siempre estuvo disponible a las siete y cuarenta de la mañana porque a esa hora el sol de enero la golpea directamente y la mayoría de los clientes prefieren las mesas del interior. Esta mujer, sin embargo, se sienta exactamente ahí, saca una libreta de la mochila y empieza a escribir sin quitarse el abrigo.

El café a las siete de la mañana tiene una lógica propia que Diego tardó meses en entender. Al principio lo abría a las ocho, como le pareció razonable. Pero el barrio de la Colonia Roma tiene sus ritmos y los ritmos del barrio dictan el horario de un café de esquina si uno quiere sobrevivir el primer año. A las siete ya hay gente que necesita café antes del metro, antes del trabajo, antes de que el día empiece a exigir cosas. Diego adelantó la apertura al siete y cuarto, después al siete, y ahí se quedó.

Ahora conoce las caras del horario de las siete como se conocen los vecinos de un edificio: sin intimidad pero con familiaridad. El señor de traje gris que siempre pide doble espresso y lo bebe de pie en la barra antes de salir corriendo. Las dos amigas que vienen juntas los lunes y los viernes y que hablan en voz tan baja que Diego nunca ha podido escuchar de qué. El repartidor de la empresa de paquetería que cada dos semanas llega con cara de no haber dormido y pide el café más grande que tenga.

Esta mujer no encaja en ninguna de esas categorías.

No tiene prisa, pero no está perdiendo el tiempo. Escribe con una intensidad que sugiere que la libreta es importante, pero de vez en cuando levanta la vista hacia la calle, como verificando que el

mundo exterior sigue existiendo. Diego ha visto ese gesto antes, en personas que trabajan con ideas y necesitan recordar de vez en cuando que hay cosas concretas afuera.

Diego espera. Hay dos cosas que aprendió en los primeros meses del café: nunca apurar a un cliente que está pensando, y nunca ignorar a uno que está listo. Esta mujer está pensando, aunque todavía no sabe en qué.

Tres minutos después, ella levanta la vista y lo mira. Tiene los ojos oscuros y una expresión que no es exactamente urgente pero tampoco es paciente.

Diego se acerca.

— Buenos días. ¿Qué le ofrezco?

— Un americano, por favor. Sin azúcar, con un poco de leche fría aparte.

— ¿Leche entera o descremada?

Ella lo piensa un segundo, como si la pregunta fuera más complicada de lo que parece.

— Entera.

Diego vuelve a la barra. Prepara el americano con cuidado: doble extracción, agua a noventa grados, tres minutos de espera. Sirve la leche fría en un jarrito de cerámica pequeño, el que compró en el mercado de Oaxaca la última vez que visitó a su familia.

Cuando le lleva el pedido, la mujer está dibujando algo en la libreta. Líneas y ángulos que parecen el plano de algo. Diego no pregunta. Deja el café y el jarrito en la mesa y da un paso atrás.

— Gracias —dice ella sin levantar la vista—. ¿Tienen pan dulce?

— Hoy tenemos conchas de vainilla y de chocolate. También polvorones.

— Una concha de chocolate, por favor.

Diego vuelve a buscar la concha. Cuando regresa, la mujer por fin cierra la libreta y lo mira con algo que podría ser curiosidad.

— ¿Llevas mucho tiempo aquí?

— Cuatro años —dice Diego.

— Yo acabo de llegar al barrio. La semana pasada.

— Bienvenida entonces.

Ella asiente levemente y toma el café. Diego regresa a la barra. Desde ahí la observa durante los siguientes veinte minutos: escribe, bebe, mira la calle, vuelve a escribir. A las ocho y diez, guarda la libreta, deja el dinero exacto en la mesa y sale sin mirar atrás.

Diego recoge la mesa. El jarrito de leche está vacío. La taza de café está limpia hasta el fondo. La concha está comida hasta el último pedazo.

Cientes así no son frecuentes. Diego lo anota mentalmente, no como algo importante, sino como un dato. La mujer del abrigo gris. Mesa de la ventana. Americano con leche entera fría aparte.

Esa noche, cerrando el café, Diego piensa en el jarrito de leche. Lo usa desde hace tres años: lo compró en el último viaje a Oaxaca, en el mercado de artesanías junto a la iglesia de Santo Domingo, de una señora que vendía cerámica pintada a mano. Es verde con flores amarillas y cabe exactamente dos cucharadas de leche. No es el jarrito más práctico que tiene, pero es el que más le gusta.

Lo usó hoy con esta mujer, Valentina, y no es algo que haga siempre. Normalmente sirve la leche en un vasito de vidrio estándar. Hoy lo sacó sin pensarlo, como si la forma en que ella pidió el café, con esa precisión de quien sabe exactamente lo que quiere, mereciera la misma precisión en la respuesta.

Diego lava el jarrito con agua fría, lo seca con el trapo de cocina y lo vuelve a poner en su lugar en el estante de abajo de la barra. Después revisa las cuentas del día, que estuvieron bien. Cierra la registradora, apaga las luces del fondo y se queda un momento mirando la mesa de la ventana vacía.

En cuatro años ha visto pasar muchas personas por esa mesa. Algunos vuelven. Muchos no. Diego ya no intenta adivinar cuáles van a ser cuáles. Pero hay algo en la manera en que esta mujer dejó la taza limpia y la concha comida hasta el último pedazo que le dice, sin que pueda explicar por qué, que va a volver.

Esa noche cerrando el café, Diego piensa en los clientes que cambian algo sin saber que lo cambian. La mujer que pidió leche fría aparte y convirtió eso en práctica del café. El hombre que sugirió poner sillas afuera. La chica que preguntó por opciones sin gluten.

La mayoría de los cambios llegaron de conversaciones casuales, no de planes. El café fue cambiando de forma lentamente, guiado por lo que los clientes necesitaban y él no había visto. Esta mujer, Valentina, no cambió nada todavía. Solo vino una vez. Pero hay algo en la manera en que observó el local al entrar, con esos ojos de alguien que ve el espacio, que Diego siente que podría ver cosas que él no ve.

Hay una pregunta que Diego no se hace en voz alta pero que existe de todas formas: ¿por qué esta mujer eligió esta mesa?

La mesa de la ventana es objetivamente la peor del café en enero. La luz entra de frente entre las siete y las nueve, lo que significa que quien está sentado ahí tiene el sol en los ojos casi toda la visita. Diego puso una cortina de lino en el otoño pasado pero la abrió en diciembre porque un cliente se quejó de que bloqueaba la vista. Desde entonces, la mesa de la ventana en invierno es

una mesa para personas que prefieren la calle al confort.

Esta mujer prefiere la calle al confort. O hay algo en ver pasar personas a las siete de la mañana que le es necesario para empezar el día. Diego conoce ese sentimiento. Él mismo abrió el café mirando hacia afuera: el letrero dice solo "CAFÉ" porque lo que quería ofrecer no era un lugar con nombre, sino una ventana al barrio.

Esa noche, cerrando el café, Diego piensa en los clientes que cambian algo sin saber que lo cambian. En cuatro años ha tenido varios: la mujer que pidió leche fría aparte y convirtió eso en práctica del café, el hombre que sugirió poner sillas afuera, la chica que preguntó por opciones sin gluten y lo hizo ampliar el menú. La mayoría de esos cambios llegaron de conversaciones casuales, no de planes. Esta mujer, Valentina, todavía no cambió nada. Solo vino una vez. Pero hay algo en la manera en que observó el local al entrar, con esos ojos de alguien que ve el espacio, que Diego siente que podría ver cosas que él no ve.

Al día siguiente, a las siete y cuarenta, ella vuelve.

Vocabulario

letrero — sign / signboard

Ej: El café no tiene nombre en el letrero.

desteñidola — faded (color)

Ej: Letras desteñidas por el sol y la lluvia.

barra — bar / counter

Ej: Diego la ve desde detrás de la barra.

recorrer — to scan / to travel across

Ej: Sus ojos recorren el local.

apurar — to rush / to hurry someone

Ej: Nunca apurar a un cliente que está pensando.

americano — Americano coffee

Ej: Un americano sin azúcar, con leche fría aparte.

descremada — skimmed (milk)

Ej: ¿Leche entera o descremada?

extracción — extraction (coffee)

Ej: Doble extracción, agua a noventa grados.

concha — concha (Mexican sweet bread)

Ej: Hoy tenemos conchas de vainilla y de chocolate.

polvorón — polvorón (crumbly shortbread cookie)

Ej: También tenemos polvorones.

levemente — slightly / lightly

Ej: Ella asiente levemente y toma el café.

Preguntas de comprensión

1. ¿Cuánto tiempo lleva Diego con el café y de dónde es originalmente?
2. ¿A qué hora llega la mujer y dónde se sienta?
3. ¿Qué pide la mujer para desayunar?
4. ¿Cómo sabe Diego que la mujer es nueva en el barrio?
5. ¿Qué detalla Diego mentalmente sobre la mujer antes de que ella se vaya?